

especialmente a los aspectos psicológicos y morales de los individuos contemplados en su entorno familiar y social. Es un enfoque realista, incluso crudo, que pone al descubierto la sordidez de la realidad humana en un entorno, como el capitalista, dominado por el dinero y el culto a la eficacia en el que los demás valores son secundarios. A pesar de todo se puede vislumbrar algunos atisbos de esperanza. Como plantea la autora en su visión de *Emma* de Jane Austen, a pesar de que siempre hay cosas de las que uno no puede librarse sin más, no todo está acabado, queda una posibilidad aunque sólo algunos puedan atraparla. Es posible “estar en el mundo conservando al mismo tiempo la calma, la distancia y la entereza”; “es posible habitar el mundo conservando cierta independencia”; es posible habitar en ciudades claustrofóbicas y, sin embargo, no morir de asfixia; es posible tratar con seres abominables y no convertirse en uno de ellos. Para ello es preciso hacer una opción por la vida sin negar “la presencia escurridiza de la pura realidad”, pero introduciendo una distancia irónica respecto de la misma, ya

que “la ironía libera sin recluir, separa sin aislar, juzga, observa y domina sentimientos sin borrarlos del todo”. Es posible “sobrevivir quedando al mismo tiempo más allá del desgaste inevitable de la pureza”, incluso en las novelas crepusculares y nostálgicas de Mishima, donde aparece la pureza infantil, ni cándida ni inocente, sino más bien como “una especie de penetrante capacidad de visión sobre los engaños y miserias de la vida adulta”.

Esta crítica penetrante es capaz de mostrar el lazo que une el horror y la belleza, la grieta que separa la vida del arte, la sutil frontera que escinde y conecta el mundo de las cosas habitables con lo insoportable, con el salto al vacío, y lo hace con lucidez y a la vez con esperanza, ya que no todo está perdido; es posible, aunque difícil, ser decente aún en el seno de la ignominia y, al poner de relieve este hecho, muestra con perspicacia la dualidad del individuo moderno con sus miserias y sus grandezas.

Francisco José Martínez Martínez
(UNED)

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/335231>

UNAMUNO, Miguel de (2017) *Epistolario I (1880-1899)*, Introducción, edición y notas de Colette y Jean-Claude Rabaté, Salamanca: Universidad Salamanca.

La publicación del *Epistolario I, (1881-1899)* de Miguel de Unamuno, con introducción, edición y notas de Colette y Jean-Claude Rabaté, publicado por la Universidad de Salamanca se convertirá en una obra imprescindible para los estudios sobre su obra y pensamiento. La “epistolomanía” que Don Miguel reconocía padecer explica las más de mil páginas que componen el libro, incluido el estudio introductorio y varios índices. En una carta a Leopoldo

Gutierrez Abascal, de 27 de julio de 1897, Unamuno describía sus hábitos de escritor y admitía: “apenas distingo cuando escribo a un amigo y cuando al público, y así creo que en mis cartas hay algo de público (cuando no paso a ellas notas de mi diario) y en mis escritos públicos a las veces algo de intimidad epistolar. Tampoco quiero curarme de mi epistolomanía. Me consta que he influido en algunas personas con mi correspondencia” (Carta nº 187, p. 658).

El volumen comentado, el primero de una serie de varios tomos que abordará la edición crítica de la correspondencia completa, es el resultado de años de paciente y rigurosa investigación de Colette y Jean-Claude Rabaté, hispanistas franceses bien conocidos por su extensa biografía de Unamuno y por diversos estudios tanto sobre el joven Unamuno como sobre sus últimos años. Después de recoger más de dos mil ochocientas cartas, ahora se proponen la edición crítica completa en una serie de varios tomos, lo que marcará un antes y un después en los estudios sobre Unamuno. Sólo las cartas ocupan 894 páginas del primer volumen, incluidas las notas críticas de sus editores. El primer volumen comprende la correspondencia casi completa de Miguel de Unamuno durante un periodo de tiempo de diecinueve años, con un total de trescientas tres cartas, de las cuales alrededor de unas sesenta son total o parcialmente inéditas. Hasta ahora para conocer la correspondencia de Unamuno había que acudir a diversos recopilatorios, siendo destacables el *Epistolario inédito I (1894-1914)* y *II (1915-1936)*, el *Epistolario americano (1890-1936)*, el *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, editados por Laureano Robles, las *Cartas inéditas*, editadas por Sergio Fernández Larraín (correspondencia con Pedro Múgica), las *Cartas íntimas*, con edición de Javier González de Durana (epistolario con los hermanos Gutiérrez Abascal), y por último los *Epistolarios a Clarín*, a Maragall, y a Bernardo G. de Candamo, entre otros. Otras cartas de valor innegable, como la dirigida a Juan Solís, de 2 de octubre de 1890, muy extensa y a quien Unamuno detalla su postura ante el tema de la existencia de Dios y editada por Laureano Robles, eran accesibles en libros de carácter colectivo. El primer recopilador de las cartas de Unamuno, Manuel García Blanco, inició hacia 1950 las gestiones para localizar la mayor parte de las

cartas y prosiguió esta labor hasta poco antes de su muerte en 1966.

En búsqueda del máximo rigor, los editores han recurrido a los manuscritos autógrafos para subsanar los errores que conlleva la recopilación y transcripción. En este punto, hay que destacar la dificultad del trabajo, pues la letra de Unamuno no siempre es clara. En las notas a pie de página, los editores precisan las fuentes de cada una de las cartas, añadiendo los datos imprescindibles y evitando el desarrollo de cuestiones secundarias que harían de difícil manejo el libro, ya de por sí voluminoso. La edición utiliza dos tintas y el empleo de la tinta roja y entre corchetes permite acceder a omisiones de anteriores transcripciones, con dos excepciones que se aclaran en el apartado "Criterios de edición" (p. 93)

El periodo de tiempo comprendido, 1881-1899 permite seguir la evolución del joven Unamuno desde los diecisiete años hasta los treinta y cinco. Se comprueba cómo se gestan y evolucionan sus preocupaciones esenciales, sentimientos e ideales; al tiempo también se reflejan algunos de los problemas que caracterizan el fin de siglo en España, de la mano del que resultará ser uno de sus principales intelectuales.

En el epistolario se descubren las inquietudes y proyectos del joven que busca ampliar su formación, sus múltiples lecturas e intereses intelectuales, su determinación por formarse, no sólo filológica, literaria y filosóficamente, sino también científicamente. En algunas cartas precisa sus autores favoritos y cita a Heine, Goethe, Leopardi, Baudelaire, Balzac, Flaubert y destaca a Schopenhauer (Carta nº 38, a Pedro de Múgica, Bilbao, 4-5 de junio de 1890, p. 197), también las lecturas que aconseja a sus amigos, entre otros, Blondel, Burckhardt, Gebhardt, Réville, Sécrotan, Emerson y Anatole France (Carta nº 144, a Francisco Fernández Villegas, 13 mayo 1896,

pp. 546-548.). Además, dado que quiere formarse “una cultura científica general y sólida”, como escribe en mayo de 1893 a su amigo Pedro de Múgica, pretende hacerse: “poco a poco con buenos, pero buenos, tratados de Ciencias naturales (Geología, Zoología, Fisiología humana, etc.) fundamentales, serios, en que se tengan en cuenta los más recientes trabajos y a la vez de extensión no desmesurada. En fin, obras para mi uso, para mi cultura científica, sean en francés, inglés o alemán” (Carta nº 102, de 28 de mayo de 1893, p. 434).

Como resaltan los editores en la Introducción, se comprueba el papel relevante que Miguel de Unamuno irá ejerciendo como “artífice esencial de la difusión de la cultura europea y en la edificación de un puente cultural hacia la América de la lengua española” (p. 14). Considera: “un deber de conciencia trabajar por la cultura de este pobre país, víctima del dogmatismo y la vaciedad pedantesca, cada cual en la medida de sus fuerzas” (Carta nº 79, a Juan Arzadun, de 17 de junio de 1792, p. 350).

La cantidad y calidad de sus correspondencias precisados en uno de los índices del libro se aprecia a simple vista. Unamuno se cartea con escritores y artistas, entre otros, Leopoldo Alas (Clarín), Angel Ganivet, Rubén Darío, Benito Pérez Galdós, Santiago Rusiñol, personalidades como Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos. Abundan las cartas a sus buenos amigos, Francisco Fernández Villegas, Rafael Altamira, Leopoldo Gutiérrez Abascal y Pedro de Múgica, del último, 84 cartas. También se incluyen las cartas publicadas en prensa de las ciudades de Bilbao y Salamanca, *El Noticiero Bilbaíno*, *El Éuskaro*, *El Nervión*, *La Lucha de Clases*, *La Información*, *La Región*, *La Libertad*, *La Democracia*..

Es obligado detenerse en el estudio introductorio de los Rabaté, con cinco apar-

tados, prácticamente un libro, muy clarificador y de lectura obligada (pp. 13-77). Dado que es el primer volumen que abre una serie completa, el estudio incluye un análisis de las características generales de la correspondencia de Unamuno. Los autores destacan la singularidad del epistolario de Unamuno, su “deseo de asociar estrechamente la voz y la pluma”, la variación de su estilo según los destinatarios, múltiples y heterogéneos (familiares, amigos, escritores españoles o hispanoamericanos, directores de periódicos y lectores desconocidos). La dimensión emocional se revela sobre todo en las referencias a su familia y la crisis de 1897, a lo que volveremos más adelante.

Colette y Jean-Claude Rabaté establecen una taxonomía muy acertada de las cartas y distinguen: las cartas privadas, las cartas íntimas, las cartas “pragmáticas”, de negocio, y las cartas públicas y abiertas que se dirigen a un amigo genérico y que le permiten entablar un diálogo con un lector ideal o real. Las cartas abiertas son el soporte mediante el cual Unamuno expresa sus opiniones ante determinadas circunstancias y denuncia las injusticias y abusos de poder. No se han omitido las cartas administrativas que informan sobre el desarrollo de su carrera universitaria.

La correspondencia de este primer tomo se abre con las cartas ficticias, dedicadas a Juana y firmadas por Enrique, que revelan el espíritu del joven Unamuno “desgarrado entre el amor y la muerte”, indican los editores. Efectivamente, sorprende las divagaciones sobre el tema de la muerte del joven Unamuno, aspecto que se recoge en sus *Cuadernos de juventud*, editados por M. A. Rivero. En el conjunto de la obra se aprecia una distinción muy clara entre las cartas íntimas, reservadas a un primer círculo de amigos, y otras destinadas a un segundo círculo que calificadas como cartas

pragmáticas o de “negocio” en una misiva a Jiménez Ilundain de 1914 (p. 17).

En el apartado del estudio introductorio titulado: “Síntesis de las cartas (1880-1899)”, los editores destacan la variedad de perspectivas, en una etapa en la que Unamuno funda su familia, comienza a darse a conocer en la prensa y proyecta hacerse un nombre, y a partir del otoño de 1891, instalado en Salamanca como catedrático de Griego en su Universidad participa en distintos debates ideológicos. Este apartado aborda las cartas que reflejan la “Vida hogareña” y aquéllas que revelan a Unamuno como “Un hombre en busca de sí mismo” que reivindica su individualismo y se enorgullece de poseer una personalidad multifacética. En el apartado más extenso dedicado al “Periodismo y compromiso político” se recogen los distintos debates en los que interviene Unamuno, entre otros, a propósito del Ensanche de Bilbao y las transformaciones que sufre la ciudad en nombre del progreso. También explicita su defensa del socialismo en especial los años de su afiliación en la agrupación socialista de Bilbao, en los que publicó cientos de artículos en el periódico *La Lucha de Clases*, sin olvidar los debates ideológicos de la ciudad de Salamanca y su anticolonialismo a propósito de Cubas y Filipinas. Finalmente, en el último apartado, titulado “Los bastidores de la creación” se destacan las cartas en las que Unamuno expone a sus amigos sus proyectos y sus primeros pasos como escritor orientados a la novela y al ensayo. Cierra el estudio introductorio la referencia a “la conquista de América” que Unamuno inicia en esos últimos años. Con ello se comprueba la valiosa ayuda que supone el estudio introductorio de los editores para enmarcar la lectura completa del epistolario.

En cuanto al contenido de las cartas, dada la extensión y riqueza de la obra, no es posible detenerse en todos los aspectos mencio-

nados, aludiré sólo a su búsqueda del papel a desempeñar y a ciertos aspectos biográficos. Llama la atención cómo Unamuno se siente escindido desde muy joven y duda sobre sus verdaderas prioridades. Admite abiertamente su deseo de pasar a la posteridad y de igualarse a las más grandes celebridades, y así, en la carta fechada en Bilbao, el 12 de febrero de 1880, reconoce: “quisiera haber sido Platón y Aristóteles y Napoleón y perdóname, hasta aquel que dio fuego al templo de Diana, cuyo nombre corre aunque yo ahora no lo recuerde”, mención que corresponde a Eróstrato y que señalan los editores en nota (Carta nº 4, a Juana, 12 de febrero de (1880), p. 104, nota 62). Se comprueba su sed no sólo de conocimientos, sino también de sentido. Admirador de la ciencia moderna, al tiempo confiesa que “esa frigidísima ciencia moderna se lleva una a una las flores de mi corazón, las hiela con su soplo” (Carta nº 51, a un amigo que me pide cosas serias, 22 de abril de 1891, p. 265).

Algunas cartas permiten descubrir la dimensión afectiva y familiar de Unamuno, cuando piensa en los suyos. Escribe a su madre Salomé una carta que finalmente no enviará y en la que trata de calmar los temores que siente cuando conoce el socialismo de su hijo. En general, pudoroso cuando se trata de detallar aspectos de su vida privada, Unamuno escribe entusiasmado sobre su novia, Concha: “Es lo que más quiero y lo que pongo sobre los cielos y la tierra...” (Carta nº 39, a Pedro de Múgica, sin fecha, entre el 8 de junio y el 18 de junio de 1890). “Tiene un carácter hermosísimo, más hermoso que sus ojos, que es la más alta ponderación” (Carta nº 42, a Pedro de Múgica, 26 de julio de 1890, p. 218). Ello no excluye que dude ante la perspectiva del matrimonio, aunque al tiempo lo desee. Más adelante se muestra expectante ante la perspectiva de la paternidad y cuando llega su primer hijo piensa en lo

que él mismo puede enseñarle: “No ha de ir a colegio, ni a la escuela. Yo le enseñaré todo, volveré a aprenderlo” (Carta nº 94, a Pedro de Múgica, sin fecha, pero anterior al 5 de abril de 1893, p. 399). Con sus mejores amigos comparte sus preocupaciones por su salud, especialmente por la de Raimundín, que sufre las secuelas de la meningitis y diagnosticada la hidrocefalia se lamenta del futuro que le espera y se desahoga: “Hemos perdido toda esperanza que no sea una muerte redentora” (Carta nº 146, a Pedro de Múgica, 11 de junio de 1896, p. 557).

Unamuno también comunica la génesis e intenciones de sus obras, en especial *Guerra y Paz* y diversos proyectos como escritor, algunos de los cuales no llegarán a término. A título de ejemplo, en 1892, en una época de pleno idealismo, escribe que está preparando “una obra que podría titular Nuevo discurso del método... y que es la quintaesencia de mis estudios y meditaciones filosóficas” (Carta nº 79, a Juan Ardazun, 17 de junio de 1892, p. 347). Aspira entonces a preparar un trabajo de filosofía accesible a cualquier lector culto, pues piensa que en España hace falta que se cobre gusto por los estudios filosóficos. Siente un deber de conciencia trabajar por ampliar la cultura del país y le asquea tanto el dogmatismo como la vaciedad pedantesca. A la altura de 1894, se considera un aficionado en filología y cree que: “ el estado intelectual de España nos obliga a los que queremos hacer algo por ella a diversificarnos y no especializar nuestra actividad”, de ahí que entienda que “hoy por hoy la actividad más útil es la de literato” (Carta nº 114, a Pedro de Múgica, 1 de febrero de 1894, p. 465).

En los años en los que milita y se siente un socialista convencido se distancia de los que califica como fanáticos de Marx y practican “un socialismo no de paz, sino de exclusión, envidia y de guerra”. Se lamenta

de que empiecen a llamarle místico e idealista y le incomoda oír que para ser socialista hay que abrazar el materialismo (Carta nº 127, a Pedro de Múgica, 22 de mayo de 1895, p. 498). La lectura de las cartas sobre el socialismo de esos años completa los estudios sobre el tema realizados entre otros por María Dolores Gómez Molleda, Elías Díaz, Pedro Ribas, Pérez de la Dehesa y M. Urrutia.

Sus crisis de fe religiosa se reflejan en numerosas cartas, como la que escribe a Pedro de Múgica en Bilbao, el 6 de mayo de 1890, en la que confiesa que: “Aunque no creamos en el hombre-Dios... llevamos todos, creyentes y no creyentes, la obra secular del cristianismo en la conciencia, la hemos heredado y la vivimos. Yo, hoy por hoy, no creo en dogma alguno religioso, pero siempre recordaré con cariño lo que me dio de chiquillo alimento al espíritu, las doctrinas que han formado mis costumbres. Debo a la religión de mi madre lo mejor que tengo, y no se burlarme ni despreciar lo que me ha hecho un hombre” (Carta nº 35, p. 183). Reconoce que a los dieciocho años empezó a cambiar intelectualmente y en puro ahondar su fe, por un proceso lento llegó al “más radical positivismo y a las negaciones más absolutas”, si bien conservando un hondo religiosismo (Carta nº 208, a L. Gutiérrez Abascal, 12 de febrero de 1898, pp. 719-720). La crisis de 1897 se manifiesta claramente en las cartas a sus mejores amigos durante el otoño de ese año y destaca la dirigida a su amigo Rafael Altamira, de 21 de octubre de 1897, citada en los estudios sobre el tema y que editó Laureano Robles. En ella Unamuno describe el estado en el que le dejó la crisis, que le vino por febrero o marzo de ese año cuando vivía “en pleno egocentrismo, como casi todo literato” y le perseguía la obsesión del aniquilamiento de la conciencia.

cia (Carta nº 192, pp. 675-678). Estuvo seis meses sin apenas leer y escribir, ni siquiera cartas (Carta nº 191, a Pedro de Múgica, 12 de octubre de 1897, p. 671). Días después, se lamenta del intelectualismo y detecta la fatiga del racionalismo agnóstico (Carta nº 196, a Juan Ardazun, 30 de octubre de 1897, p. 683 y p. 687), ideas que incluirá en su trabajo “El mal del siglo”, citado como uno de “sus sermones” (Carta nº 198, a Leopoldo Gutiérrez, 23 de noviembre de 1897, p. 694) y más adelante incluida como una de sus “Meditaciones evangélicas (Carta nº 211, a Pedro de Múgica, 2 de enero de 1898, p. 699). Su reflexión sobre la bondad, tema presente en “Nicodemo el fariseo” se comprueba en las cartas de esa época: “No basta ser moral, hay que ser religioso, no basta hacer beneficios, hay que ser bueno. Solo la bondad interior santifica las obras buenas” (Carta nº 182, a Leopoldo Gutiérrez Abascal, 3, 4 y 5 de mayo de 1897, p. 646).

En algunas cartas, Unamuno es consciente de sus contradicciones y de que se “vale del sistema oscilatorio”: “Como decía Goethe soy ateo, panteísta y deísta y hasta politeísta, según miro las cosas..... Mi anhelo no es el justo medio, sino el “hondo dentro”, aquella unidad que sirve de base a los extremos y los medios...” (Carta nº 145, a E. Gómez de Baquero, 17 de mayo de 1896, p. 554). En esa misma carta reconoce que mucho de lo que dice es inaplicable, pero cree en el poder de la utopía, elemento progresivo en la vida social que tanto le preocupa.

Hay que destacar la utilidad de los cinco índices, muy completos, y una cuidada edición de la Universidad de Salamanca. Los índices permiten localizar las cartas por corresponsales, por destinatarios tal como figuran en el encabezamiento, además de un índice-diccionario de setenta y tres pági-

nas que es tanto un índice onomástico que registra prácticamente todos los nombres de las personas citadas en las cartas, como un diccionario biográfico que permite identificar a los personajes citados por Unamuno. También es de utilidad el índice de diarios, semanarios y revistas que identifica los numerosos órganos de prensa que Unamuno menciona en las cartas. Los índices se cierran con el dedicado a las obras de Miguel de Unamuno y con las referencias bibliográficas.

En resumen, el Epistolario, sin duda “una biografía paralela” como destacan sus editores, nos descubre directamente a Unamuno en sus múltiples facetas, sincero, beligerante, comprometido, audaz e independiente, orientado a buscar y a construir el sentido de las cosas. “Un mundo y una vida sin para qué me parece el mayor de los absurdos”, dirá (Carta nº 181, a Gutierrez Abascal, 11 abril 1897, p. 641).

Para terminar, la lectura del libro permite comprobar la verdad de la frase inicial de Unamuno con la que se encabeza el Epistolario: “... de mis cartas privadas salen artículos; mis mejores frases públicas se me han ocurrido, de pronto, en conversación o en correspondencia privadas” (Carta inédita a Louis López Ballesteros y Torres, 4 de julio de 1919, citada p. 9 del estudio introductorio). Debieron advertirlo Emilia Pardo Bazán y el argentino Dr. Bunge que señalaban que la obra epistolar era lo mejor de Miguel de Unamuno. Gracias, Colette y Jean-Claude Rabaté, y Ediciones de la Universidad de Salamanca por legar los resultados de años de investigación impecable, que nos permite completar el retrato de Unamuno, intelectual apasionado y apasionante, siempre con rostros y perfiles por descubrir.

Alicia Villar Ezcurra
(Universidad Pontificia Comillas. Madrid)